
La historia de la medicina y el lector común

Enrique Aguirre Carrasco

“C uando Hernán Cortés escribe a Carlos V describiéndole los herbolarios que ha visto en los *tianguis*, contándole las excelencias de los médicos indígenas que curan más presto que los españoles o describiéndole los jardines botánicos dedicados a las plantas medicinales, está haciendo historia médica” –nos dice el eminente historiador de la medicina y médico, Germán Somolinos d’Ardois, en su obra intitulada *Historia y Medicina*, con el subtítulo de *Figuras y hechos de la Historiografía médica mexicana*. Y añade:

...lo mismo que Cortés hacen historia médica todos los que escriben más tarde. Lo hacen en grado sumo Bernal Díaz, Gómara, y Herrera, y Landa en Yucatán, y todos los cronistas de las órdenes religiosas que nos relatan las epidemias, las enfermedades y los ritos curativos de los indígenas mexicanos. Y sobre todos ellos la hace Sahagún, cuya obra en la parte de la medicina es lo más fidedigno y completo que se recoge en esos primeros tiempos de la colonia sobre la actuación médica de los habitantes del México Precortesiano.

A las personalidades mencionadas en los párrafos anteriores agrega, en nota al pie de página, a Juan Suárez de Peralta, Pedro Mártir de Angleria, Gonzalo Fernández de Oviedo y al padre José de Acosta. Todos ellos fueron capaces, sin ser médicos, de aportar datos a la historia de la Medicina de algunas de las regiones que hoy integran la República Mexicana.

El libro nos narra a continuación el desarrollo de la historiografía médica mexicana hasta 1929, año de la muerte del doctor Nicolás León.

Después de informarnos acerca de los trabajos de los médicos Leonardo Oliva, José María Reyes, y algunos otros iniciadores de este tipo de estudios en México,

dedica un extenso párrafo a la aportación extramédica:

El periodo de aportación extramédica es muy largo. Se inicia con Izcabalceta en la década del 70, y alcanza con su último representante los principios del siglo actual. Para la historia de la medicina mexicana es necesario admitir que esta contribución fue un felicísimo suceso; con ella se adquirieron datos valiosos obtenidos fuera del ámbito en que normalmente nos movemos los médicos. Llegaron apreciaciones y estudios elaborados por profesionales de la historia (por regla general los historiadores médicos, con algunas honrosas excepciones, siempre somos un poco “amateurs” y nos falta técnica histórica que si llegamos a aprenderla es a base de tiempo y tropezones); y además esta intromisión de los historiadores no médicos en la historia de la medicina, sirvió para darle el espaldarazo de entrada en la ciencia histórica nacional. Mientras la historia médica se desarrollaba en revistas profesionales de corta tirada y más corta difusión, no trascendió al público. En cambio, una vez que los trabajos histórico-médicos pasaron a ocupar libros y revistas de historia general, despertaron el interés de los no iniciados y adquirieron carta de naturaleza en la historia general de México.

Y es que la historia de la medicina como la de cualquier otra ciencia puede escribirse en varios niveles; en el nivel más alto estarían, por ejemplo, las historias de la astronomía para los astrónomos que sólo por astrónomos podría ser escrita, las de la medicina para médicos que sólo podría serlo por médicos, etcétera. Pero he aquí que el doctor Somolinos, médico e historiador de la medicina, al final del párrafo anteriormente transcrito, menciona que las aportaciones de los historiadores no médicos de la medicina, que fue-

ron nada menos que don Joaquín García Izcabalceta, don Francisco del Paso y Troncoso y don Francisco Fernández del Castillo, despertaron el interés de los *no iniciados*. Esta expresión revela otro interés, el de un médico que se congratula de que la historia de su ciencia sea conocida, y por supuesto admirada. Y es que en verdad la historia de la medicina es sorprendente, dramática, novelesca, a veces trágica y siempre admirable. Tiene su edad heroica localizada especialmente en el siglo XIX cuando los personajes geniales que abren paso a la medicina moderna se enfrentan a la falsa ciencia de la rutina, del prejuicio y de la ignorancia, que tratan de cerrarles el paso.

En este interés de los no iniciados es donde me sitúo. Este interés es el que acaso puede explicar mi presencia aquí, en este momento, en este lugar.

“La medicina de hoy, es decir, la verdadera medicina, la medicina científica—dice Maurice Lamy en su pequeño libro publicado por Ediciones Guadarrama con el título de *Nosotros y la Medicina* en 1967, dentro de su colección Punto Omega— se inicia en el mismo día en que los médicos comenzaron a examinar a sus en-

fermos bajo el nombre ilustre de Laennec”. Yo no puedo decir si ahí comienza o no la medicina moderna; quizás algunos médicos no coincidirán con él, y señalarán otros momentos, pero lo que importa indicar es que esta afirmación lleva implícita la de que antes de los comienzos del siglo XIX nunca existió una verdadera medicina. A ésta, Lamy le daba una antigüedad de ciento cincuenta años.

De lo que aconteció para que se diera este tránsito de una medicina basada en falsos supuestos, en su mayor parte puramente especulativos, a una medicina basada en la búsqueda real de la causa de las enfermedades, en su identificación precisa, en el funcionamiento verdadero de los órganos, en un tratamiento racional, aparte de la literatura médica correspondiente que da cuenta de todo ello, en este siglo ha surgido una abundante y notable literatura de divulgación que ha puesto al alcance de los que tenemos ocupaciones diferentes al ejercicio de la profesión médica, muchos de los momentos cruciales del desarrollo de ese capítulo brillante y conmovedor de la ciencia actual.

Es la historia de la medicina escrita para el lector común, por el cual entiendo al lector no especializado en el conocimiento de la medicina, no al lector vulgar, si es que este espécimen existe, sino a las personas aficionadas a la lectura que se encargan de agotar las ediciones de casi todo cuanto se publica.

Para estos lectores se ha ido produciendo esa literatura en que destacan algunas obras excepcionales—al menos desde nuestro particular punto de vista; hablo aquí en primera persona, porque me considero miembro de la estirpe numerosa y anónima del lector común— escritas, unas, por distinguidos miembros de la profesión y, otras, por quienes no lo son, pero han sido señalados por el don del talento literario narrativo en grado eminente.

Antes de referirme brevemente a esas obras, en las que siempre se encontrará el placer que produce una bien narrada historia de hechos reales y sorprendentes que han conducido a la solución de tantos pro-



blemas de la medicina y a la victoria sobre tantas enfermedades, no deja de tener interés hacer una referencia breve a lo que era o se suponía que era la medicina antes del comienzo de la etapa moderna de su desarrollo.

Veamos lo que respecto a la medicina de su tiempo nos dice el enciclopédico fraile benedictino don Benito Gerónimo Feyjoo:

La sublime reputación que entre los Profesores de la Medicina obtiene el Romano Jorge Ballivio, es evidencia de que en el espacio de treinta años, contados desde el 95 que se imprimió su *Práctica Médica*, la primera vez en Roma, hasta el próximo pasado de 725 van hechas diez impresiones de sus obras... Este gran hombre después de señalar las causas que estorbaron los adelantos de la Medicina, dice que los libros Médicos que hasta ahora se han escrito dan tan escasa luz que los Profesores más doctos andan como a ciegas sin saber a quién han de creer, qué doctrina han de seguir, qué rumbo han de tomar en la curación de las enfermedades: que la práctica Médica que hoy se observa está viciada con mil axiomas falsos, o inútiles; y en fin, que la Medicina, bien lejos de haber crecido a una estatura proporcionada, se debe considerar entre las *faxas* o en la cuna. ¹

En la página 128 del mismo tomo leemos:

El mismo Sydenham en otra parte confiesa de sí, que, cuando después de grande estudio y continua observación, pensó conseguir un método seguro para curar todo género de fiebres, halló que sólo había abierto los ojos para llenarlos de polvo. Tan confuso y perplejo se halló después de tanto estudio. ²

Y en la 133:

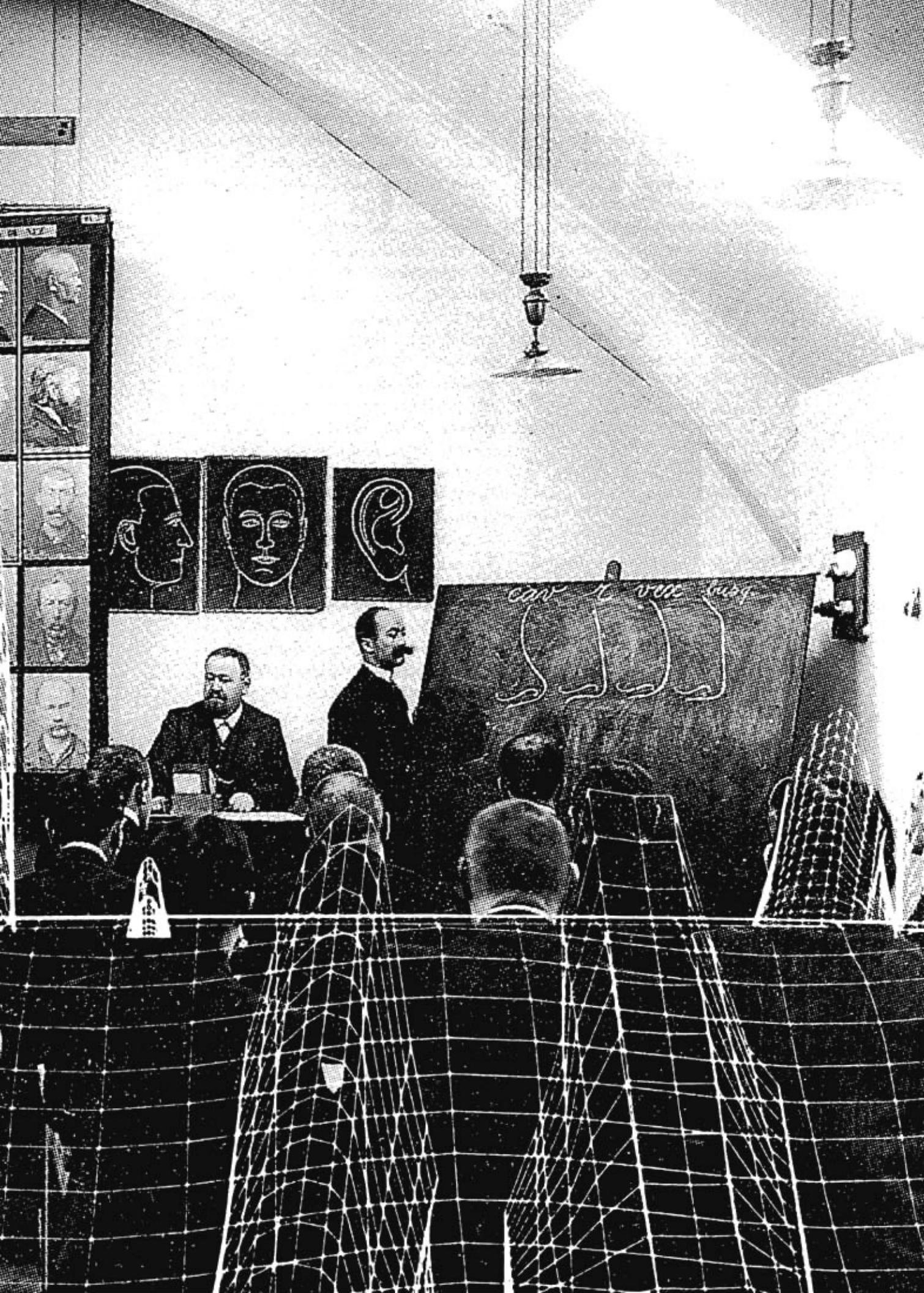
... porque en la decadencia de el Imperio Romano con las irrupciones de los Bárbaros, se extinguió la cultura de Artes, y ciencias; y los Médicos que se aplicaron a escribir, no hicieron mas que copiar a los Antiguos. Por otra parte los Arabes, que se aprovecharon de este descuido de la Europa para hacerse dueños de la Philosphía, y Medicina, fueron sequaces de Galeno; contentándose los principales, entre ellos Rasis, Averroes, Alquindo, y Avicena, con añadir discursos superfluos, y sutilezas inútiles. ³

Resulta explicable que muchas personas desconfiasen de los médicos hasta el punto que lo hacía el multifacético polígrafo y un tanto picaresco don Diego de Torres Villarroel, también del siglo XVIII como el padre Feyjoo.

Como él no es médico, comienza con una nota de modestia: “No hablo —dice— de la discreta filosofía del teórico; que ésta es buena o es mala, y yo no entiendo de eso.” Y continúa: “lo que noto y aborrezco es su práctica; y en esto no me puedo engañar, pues me desmintieran los ojos. En sus juntas sucede que uno vota purga, otro sangría, y otro cordial; y en el concurso de estos nebulones sale una sentencia que regularmente es la muerte...” ⁴

Aunque esto tiene mucho que ver con aquello de la paja en el ojo ajeno, porque, en tanto que Feyjoo aceptaba las enseñanzas de Vesalio y Harvey sobre la estructura y el funcionamiento del cuerpo humano, Torres negó valor a toda noción anatómica posterior a las de Hipócrates y Galeno, porque decía que desde aquéllas el cuerpo humano no había cambiado. Y creía firmemente en que el número siete jugaba un papel fundamental en las enfermedades agudas. Esto se basaba en las ideas de Pitágoras sobre el poder misterioso del número siete, y ello era también herencia de la medicina antigua. Las enfermedades de esta clase duraban uno, siete, catorce, veintiuno o veintiocho días. De la verdad incontrastable de este hecho no dudaba un punto el terrible don Diego. Pero no sólo eso, sino que nadie le hubiera quitado de la cabeza que cada uno de los planetas regía un órgano determinado del cuerpo: el Sol, el corazón, la Luna, el cerebro, Saturno el bazo, etcétera, según era la vieja creencia que ninguna persona bien informada podía ignorar.

Bien es cierto que no toda la culpa era de los médicos, porque, si vamos a ver, la filosofía con los famosos cuatro elementos de Empédocles, sin que éste lo supiera, aunque algún médico —Boerhave, en el siglo XVIII— comenzara a sospecharlo, había herido de muerte el desarrollo de la medicina lo mismo que el de la química. Y



es que esta idea de los cuatro elementos resulta de tal manera aplicable a la estructura y funcionamiento del mundo visible, que sobre ella se puede construir una explicación perfecta, armoniosa y admirable de toda la naturaleza. Basta leer este párrafo lleno de la gracia y belleza del estilo de fray Luis de Granada para convencerse de ello.

Después de hablar del Sol, de la Luna y las estrellas nos dice:

Mas ya es tiempo de que descendamos del cielo a este mundo más abajo, donde residen los cuatro elementos, que son tierra, agua, aire y fuego: los cuales (como ya dijimos) son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo de ellos todas las cosas corporales[...] El mismo (se refiere al sol) es el que allegándose o desviándose de nosotros es causa de las cuatro diferencias de tiempos que hay en el año, que son invierno, verano, estío y otoño; los cuales ordenó la divina Providencia por medio deste planeta, así para la salud de nuestros cuerpos, como para la procreación de los frutos de la tierra, con que ellos se sustentan. Y cuanto a lo que toca a la salud, es de saber, que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen cuatro cualidades dellos: que son frío y calor, humedad y sequedad, a las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque a la frialdad corresponde la flema, a la humedad la sangre, al calor la cólera, y a la sequedad la melancolía. Pues como aquel supremo gobernador vio que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción destes cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan creciendo y menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno de estos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son fríos como ella. Y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella; y para la cólera los tres del estío, que son calientes como ella; y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es: y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno destes cuatro humores; y así teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se conservan en paz sin tener uno invidia del otro (pues con tanta igualdad se les reparten los tiempos), y así ninguno prevalezca contra el otro, ni presuma des-

truírlo, viendo que tiene iguales fuerzas, y igual tiempo de su parte para rehacerse, que él.⁵

A tres clases de personajes detestó con singular encono don Francisco de Quevedo y Villegas: los alguaciles, los sastres y los boticarios, y así, en uno de sus sueños, "Las Zahurdas de Plutón", al que originalmente había llamado "Sueño del Juicio Final", nombre que alude con más claridad a su contenido y que por razones de censura hubo de cambiar por el anterior, se sueña marchando por uno de los caminos que llevan a los humanos a su final destino, y hay un momento en que cree tener motivos para suponer que iba bien.

Mas duróme poco -nos dice- porque oí decir a mis espaldas:
dejen pasar a los boticarios.
¿Boticarios pasan? dije yo entre mí-: ¡al infierno vamos!

Nos cuenta el mismo don Francisco, en la que muchos consideran la mejor de sus obras *La hora de todos y la Fortuna con seso* que Júpiter, disgustado por las locuras de la diosa Fortuna, que, decimos nosotros, todo lo tiene confuso y revuelto en verdad, le ordena que ese día, que por cierto era un 20 de junio, exactamente a las cuatro de la tarde "se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno se merece".

Uno de tantos sucedidos que nos refiere haber tenido efecto en esa hora en que todo asume su verdadera naturaleza, es el siguiente:

Atravezaban por otra calle unos chirriones de basura, y llegando enfrente de una botica, los cogió la hora, y empezó a rebotar la basura y salirse de los chirriones, y entrarse en la botica de donde saltaban los botes y redomas, zampándose en los chirriones con un ruido y admiración increíble; y como se encontraban al salir y al entrar los botes y la basura, se notó que la basura, muy melindrosa, le decía a los botes: Háganse allá.⁶

De seguro el insigne don Francisco debió estar pensando, cuando esto escribió, en algo como lo siguiente:

Entre las drogas que poseía la botica de

los jesuitas en Santiago notaremos las siguientes:

Agua de capón.
Enjundia de cóndor.
Bálsamo de calabazas.
Ojos de cangrejo.
Sangre de macho.
Piedra de araña.
Diente de jabalí.
Ranas calcinadas.
Priapo de ciervo.
Víboras.
Uña de la gran bestia.
Unicornio verdadero.
Aceite de lagarto.
Id. de alacranes.
Espíritu de lombrices.
Pulpa de cañafistola, etc., etc. ⁷

Lástima que con esos dos contundentes etcéteras don José Toribio haya interrumpido tan sorprendente enumeración.

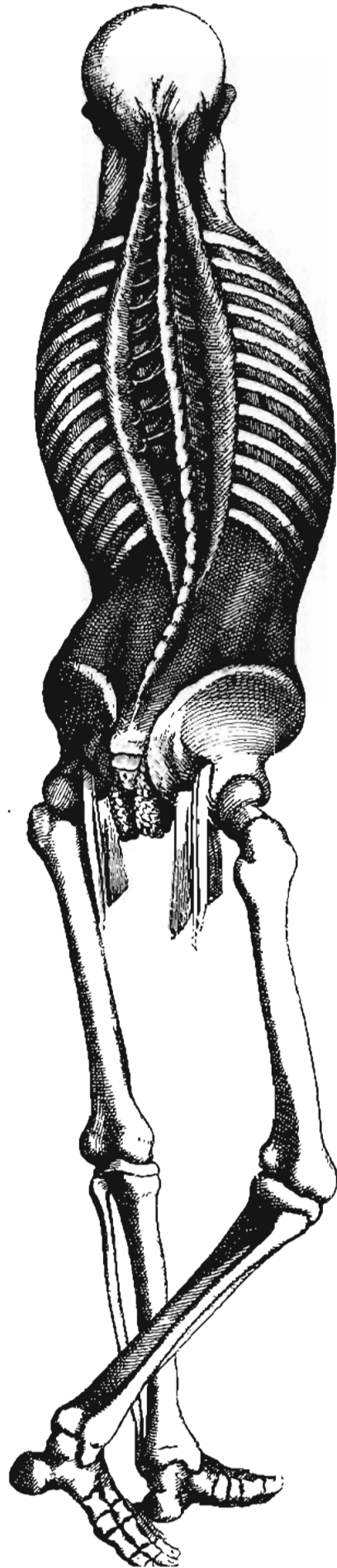
Un buen muestrario de las recetas que estaban al uso en ese, por tantos otros respectos, admirado siglo de la Pustración, lo ofrece la obra siguiente: *Obras Medico-Chirúrgicas de Madama Fouquet. Economía de salud del Cuerpo Humano. Prontuario de Secretos Caseros, fáciles, y seguros, sacados y comprados de los Médicos, y Cirujanos más famosos de toda Europa... para curar... en los pobres todo género de males aun los que hasta aora se han tenido por incurables.*

Esta obra, traducida del francés e impresa en Valencia con licencia del Real Consejo en el año de 1771, consta de dos volúmenes, el primero de 363 páginas y cuatrocientas noventa y nueve recetas y el segundo de 420 páginas y cuatrocientas veintisiete recetas.

Veamos algunas de éstas, tomadas al azar:

Gotas de Inglaterra.

Toma una libra de seda cruda, como sale del capullo; ponla en infusion de media azumbre de espíritu volatil de sal amoniaco; al qual mezclarás medio quartillo de espíritu de vino muy desflemado sobre recoldo por espacio de quinze dias en un matrás bien tapado: aplicale despues un capitel, y un recipiente, destila todo lo que de esto pueda salir.
Conserva este licor en botellas bien tapa-



das: la dosis es de 12 a 15 gotas, sirvense de esto contra la apoplexia, la perlesia, la epilepsia, las convulsiones y en todas las enfermedades en que la naturaleza desfallece.

Agua preciosa.

Toma quatro puñados de centaurea mayor, de romero, de hisopo, de escabiosa, de bojas de durazno, de artemisia, de maravilla, de balsamí, de ruda, de rosas amarillas, de cada cosa dos puñados; de hojas de celedonia, de melancio, de hinojo, un puñado de cada cosa. Picalo todo groseramente, y ponlo en infusion por veinte y quatro horas en tres azumbres de vino blanco, con una libra de passas de Sol y destilado todo junto en baño de Maria. Esta agua es muy soberana contra la peste, el aire inficionado, las calenturas, la ictericia, la hidropesia, los males de estomago, los dolores de cabeza, la gota fria, la perlesia, y todas las lombrices: la dosis es de una cucharada en medio vaso de vino.

Para curar la piedra, los abscesos, o apostemas interiores, los males de pecho, y otras fluxiones, que se dirigen a la supuración.

Toma tres cucarachas: secalas en una sartén de hierro casi roxa de caliente, y dexalas allí encima, hasta tanto que tocandolas se hagan polvos.

Ya secas, harás de ellas polvos sutiles; mezclalos en dos dedos de vino blanco; remuevelos un poco con un cuchillo, y bebelos: enjuaga el vaso con un poco de vino blanco, si alguna cosa de ellos huviere quedado en el fondo del vaso, y bebelo. Es menester quedarse en la cama tres horas sin dormir, ni tomar alimento alguno.

El segundo dia se han de tomar cinco y hacer lo mismo que queda dicho.

El tercero se han de tomar siete de ella, y hacer lo mismo.

Pero si no quedas sano enteramente, es menester bolver a comenzar, tres, cinco, o siete veces, o el tiempo que fuere necesario, para quedar perfectamente sano.

Hazte de observador, mientras durare el uso de este remedio, el no beber cosa de leche, ni comer nada de queso, ni manteca, ni alimento que tenga estas cosas.

Es menester guardarse mucho de darlo a las mugeres en cinta, porque esto haría que naciesse el feto monstruoso.

Para la piedra es menester beber los tres ultimos dias de la Luna, tres, cinco, y siete, como queda notado.

Este remedio tiene mil experiencias.

Mal de corazón.

A un erizo, estando todavia vivo, se le sacarán los bofes; secaranse, y reducidos a polvos, se dará de ellos al paciente el peso de ocho reales de plata, al tiempo del accidente, con vino generoso. Este remedio lo descubrió con gran secreto un Boticario insigne, como cosa soberana.

¿Y qué opinaba Feyjoo de esta delirante farmacoepa? Dice al respecto:

En fin, no hay cosa segura en la Medicina. Este Médico detesta el remedio, que el otro adora. ¿Qué maldades no acusan unos, y qué virtudes no predicen otros de el Helleboro? Lo mismo que el Antimonio. La pedrería, que hace el principal fondo de los Boticarios, es reprobada, no sólo como inútil, más aun como nociva, por excelentes Autores. Y yo por lo menos creo, que sirve más la menos virtuosa yerva del campo, que todas las Esmeraldas que vienen del Oriente, ¿Qué diré de tantos cordiales, que no lo son mas que en el nombre? El Oro alegra el corazón, guardado en la arca; no metido en el estómago. ¿Y cómo ha de sacar nada de él el calor nativo, si no puede alterarle poco, ni mucho el mas activo fuego? La virtud de la piedra Bezoar, que entra en casi todas las recetas cardiacas, es una pura fabula, si creemos, como parece se debe creer, a Nicolao Bocangelino, Médico del Emperador Carlos V, y a Geronymo Rubeo, Médico de Clemente VIII que habiendo usado muchas veces de Bezoares recomendadissimas, que estaban en poder de principes, y Magnates, jamás experimentaron en ellas ninguna virtud. Lo mismo asientan otros muchísimos.⁷

De la medicina de su época hace este resumen:

... debemos distinguir en la Medicina tres estados: estado de perfección, estado de imperfección, y estado de corrupción: El estado de perfección en la Medicina es el de la posibilidad; y posibilidad, a lo que yo entiendo muy remota. Poca o ninguna esperanza hay de que los hombres lleguen a comprender, como se necesita, todas las enfermedades, ni averiguar sus remedios específicos; salvo que sea por vía de revelación. Pero por lo menos hasta ahora estamos bien distantes de esa dicha. El estado de imperfección es el que tiene la Medicina en el conocimiento y práctica de los Médicos Sabios. Y el de corrupción, el que tiene en el error y abuso de los idiotas.⁸

En los dos siglos siguientes, como si se abrieran las compuertas de un caudal de abundantes aguas reposadas, el desarrollo de la medicina científica se precipita de manera incontenible en la forma de una serie de técnicas y descubrimientos de tanta importancia que, aparte de la literatura médica que los da a conocer a los miembros de la profesión, dan origen a un verdadero torrente de obras de divulgación pensadas y escritas para nosotros los profanos, que mucho agradecemos a todos los que las han escrito, médicos y no médicos, por el placer que nos proporciona su lectura.

Solamente mencionaré unas pocas, porque mis conocimientos de esta abundante bibliografía son bastante limitados, pero creo que entre ellas se encuentran algunas de las mejores y más conocidas.

En primer lugar la famosísima *Los cazadores de microbios* de Paul de Kruif, y del mismo, *Los hombres que derrotan a la muerte* y *La hormona masculina*; de Marie Baynon Ray, *Revelaciones de la Psiquiatría* y de Milton Silverman *Drogas Mágicas*, dos obras que en amenidad desafían a la mejor de las novelas y en cuanto a la información que proporcionan para el lector común son un tesoro de enseñanzas. No importa si estas obras y todas las demás que menciono han envejecido; como su lectura es un placer y como no ejercemos la medicina, no necesitamos estar al día y podemos volver a ellas una y otra vez no importa el tiempo transcurrido.

De Agatha Young, *Escalpelo*, emocionante y bella historia, clara y sencilla, de la cirugía, que detalla el triunfo de una serie de cirujanos admirables sobre los tres demonios de la cirugía: la hemorragia, el dolor y la infección.

Obras a las que el lector se entrega con avidez como a la mejor novela de suspense: *Demonios, brujas y curanderos* de Adalberto Pazzoni, y *Drogas demonios y doctores*, de Howard W. Haggard.

Obras que nos transmiten la *Magia de la Medicina* como la que lleva este nombre, escrita por David Dietz y la de Josef

Loebel *Salvadores de vidas*, la de Pedro Laín Entralgo, *El Médico y el Enfermo* o la que nos narra la vida de *Los grandes médicos* como el libro del mismo nombre del doctor Henry E. Sigerist, o el *Galeno* de L. García Ballester, o *Medicina. Historia y Sociedad* de J. M. López Piñero, y tantos y tantos otros que hay y debe haber. Unos que nunca pude obtener como *La Sabiduría del Cuerpo* del doctor Cannon, otros de cuya existencia no estoy enterado. Recuerdo cómo uno de los primeros libros que leí sobre un médico fue la patética y conmovedora historia de Semmelweis, de Louis Ferdinand Céline, y que el único libro que logré leer del doctor Cannon fue esa pequeña joya que se llama *Digestión y Salud*.

Como un respetuoso admirador de la historia de la Medicina, en nombre de los lectores comunes a cuya comunidad pertenezco, aunque sin una representación formal o sólo oficiosamente, quiero dar las gracias a todos los historiadores de la medicina que hasta ahora son y han sido por haber escrito, también para nosotros, tantas y tan deslumbrantes historias.

Referencias

¹ Fr. Benito Geronimo Feyjoo y Montenegro, *Teatro Crítico Universal*, Tomo I, Madrid, MDCCCLXXXI, Por Blas Román, Impreso de la Real Academia de Derecho Español y Público, p. 126.

² *Visiones y Visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*, Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1966, pp. 56-57

³ Fray Luis de Granada. "Introducción del Símbolo de la Fe en Obras", en *Biblioteca de Autores Españoles*, Edición de Rivadeneyra, Tomo I, 1850, pp. 197 y 199.

⁴ Obras de don Francisco de Quevedo Villegas en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, 1852, Tomo I, pág. 386.

⁵ José Toribio Medina: *Cosas de la Colonia, apuntes para la crónica del siglo XVIII, en Chile*, Primera Serie, Santiago de Chile, 1952, pág. 201.

⁶ Feyjoo, p. 154.

⁷ Feyjoo, p. 124.